



"La Nación" Buenos Aires
4 Junio 1907

2-184

2-112

D. C. Tomo X

MACANAS DE MIGUEL

PARA LA NACIÓN

SALAMANCA, abril de 1907.

¿Me permitiréis, mis lectores de LA NACIÓN, un momento de desahogo? Yo os prometo que no he de reincidir tan fácilmente, y que reanudaré luego mi marcha.

Una de las cosas que más animan y sostienen a un publicista es sentir la comunión con su público. Me he quejado en alguna ocasión de lo raro que es en España el que un escritor, por mucho público que tenga, reciba cartas de lectores ignorados apoyando ó rechazando sus asertos, aplaudiéndole ó censurándole. Algunas recibo aquí, aunque muy pocas y casi todas de catalanes. De ahí, de la América del Sur, recibo muchas más. Y estas cartas de lectores desconocidos, unas firmadas, otras (las menos) anónimas, constituyen una de mis mayores satisfacciones y á la vez una de las más preciadas fuentes de mi información.

Casi todos esos espontáneos y desconocidos corresponsales se forman una idea de mí completamente equivocada. Unos me creen un señor grave y adusto, arisco y desabrido, que se pasa seis ú ocho horas al día sumergido entre libretes; otros me creen un hombre quisquilloso y malhumorado que tiene la manía de llevar á todos la contraria. Nadie está libre de la leyenda, y después de todo ¿qué caramba! peor sería no tenerla.

Y cuando reflexiono en el último fondo de todas esas comunicaciones en que se me aplaude ó se me censura—casi nunca se me insulta, y esto, las tres ó cuatro veces que lo han hecho, en unas cuantas líneas al margen de algún periódico y con expresiones de una rusticidad infantil que delata la más rudimentaria mentalidad—cuando reflexiono, digo, en el último fondo de esas comunicaciones que se me dirigen, observo que lo que más choca á esos mis bondadosos comunicantes es la posición de idealismo que suelo adoptar en los más de los asuntos.

Confiesan muchos con sobrada modestia no entender algunas de mis proposiciones, y, sin embargo, no es que no las entienden, es que no las admiten. Y los hombres todos propendemos á decir no entender aquello que se resiste con nuestras ideas.

Me doy perfecta cuenta del efecto que tienen que producir las doctrinas de un solitario, que vive en una vieja ciudad castellana, preocupado por el problema religioso y angustiado por el misterio de lo que ha de ser de nosotros después de la muerte y viéndolo todo á esta luz, en un país nuevo, donde la preocupación dominante es la del negocio y donde la intensidad de la vida pasajera ahoga toda inquietud trascendental. No es fácil que nos entendamos del todo.

Pero no es lo malo—¡qué ha de ser malo! ¡es, al contrario, muy bueno!—no es lo malo el fondo de disidencia que dicta esas cartas á mis espontáneos corresponsales; lo malo es—para ellos, no para mí—el desdén que creo adivinar en algunos que jamás se han tomado la molestia de ponerme cuatro letras. (¿Y para qué?) Estoy seguro de que más de uno al concluir alguna de mis correspondencias á LA NACIÓN, se habrá dicho: «¡bah, macanas de Miguel!»

Y, sin embargo, se me antoja que en países como ése hacen mucha falta todas aquellas cosas por las que más se preocupan sus hombres públicos, pero hacen también mucha, muchísima falta, las macanas.

Suele decirse de algunos escritores franceses—y de otros no franceses también—que se proponen ante todo y sobre todo «épater le bourgeois», ó como si dijéramos, dejar turulado al especiero. Y, aunque ello pueda ser en cierto respecto censurable no deja de ser, por otra parte, muy útil.

Sí, al buen burgués hay que chocarle y hasta irritarle. Conviene de cuando en cuando contradecir los axiomas de los hombres que se llaman á sí mismos prácticos y á las veces llega á ser una obligación molestar y zaherir á todos esos sujetos que se figuran que el hombre no ha venido al mundo más que para hacer fortuna y disfrutar de los llamados placeres de sociedad.

No hay nada más insoportable que la fatuidad del caballero improvisado, del que hizo fortuna vendiendo tasajo, y que se burla de todo lo que no entiende. El reirse de lo que no se entiende ó no se siente es el más claro signo de barbarie espiritual, por muy embozado que se presente bajo exterioridades de civilización formal.

Y no es raro encontrarse con sujetos que por haber fraguado una fortuna vendiendo grano ó lana de borregos se creen críticos literarios ó de arte y adoptan un tono de desdén hacia todo aquello que no logran comprender por entero. Y tampoco es raro encontrar quien diga lo que decía un conocido mío á quien le ponderaban el talento de otro sujeto, el que decía riéndose: ¿qué talento puede tener un hombre que no ha sabido salir de pobre?

La admiración al rico y al político travieso é influyente son los dos estigmas de las capas sociales incapacitadas para la más elevada cultura. No comprenden que el talento pueda servir sino para hacerse millonario ó ministro. Desde luego no les cabe en la cabeza la sed de gloria. ¿Qué puede hacer un hombre de esa quisicosa que con frecuencia no le llega sino después que ha muerto?

Y tienen en la boca á todo momento lo de loco. Por loco pasó ahí, en la Argentina, aquel poderoso Sarmiento, que es hasta hoy el único sudamericano á quien en el campo de la actividad literaria se ha osado llamarle genio. Verdad es que ya hemos convenido en que el genio y la locura son hermanos, y en que todos esos hombres de un talento original y poco remunerativo para ellos no pasan de ser unos desequilibrados á quienes no se debe to-

LLY



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOUSAL.ES



mar en serio. Los espíritus verdaderamente superiores son los de aquéllos que inventan una untura para curar la sarna de las ovejas ú otra cosa por el estilo. Lo verdaderamente genial hay que ir á buscarlo á la ingeniería.

Y así he llegado á tropezar con individuo, é individuo que se dice católico, el cual hablando de Jesucristo me dijo un día: ¡st!, un chiflado!

¡Con qué íntima satisfacción aeogieron todos estos desgraciados la paradoja lombrosiana de que el genio es la locura! ¡Qué regocijo entre esas almas de cántaro cuando el buen Lombroso, guiado de muy otros sentimientos que ellos, declaró y trató de probar que todos los tenidos por genios son unos perturbadores y unos enfermos mentales! El sentimiento radical y cardinal de todos esos rampiones envenecidos, la envidia, se sintió harta y vencedora. Y se decían á sus solas, frotándose las manos: «si no podía ser por menos; si todos esos señores que dicen esas extravagancias que yo no entiendo y que aplauden cuatro badulaques que no las entienden mejor que yo, y no más que por darse importancia de entendidos; si todos esos señores no pueden estar en sus cabales... Nosotros, nosotros somos los sensatos y los razonables.»

Y con cierto aire compasivo y protector continuaba el razonable caballero: «No puede negarse que á las veces tienen ingenio, que se les ocurren cosas divertidas y sutiles, pero eso es ni más ni menos que lo que hace un saltimbanqui. Nos divierten, ¡pobrecillos!»

Pero por dentro les queda otra. ¿No te ha ocurrido nunca, lector amable, haber tropezado con algunos de esos ricachos de ayer mañana, ó con algún grave señor que no tiene más que su respetabilidad, cuya cultura se reduce á la que se le ha embardurnado por encima de leer periódicos y oír comedias en el teatro y que con la gravedad más cómica del mundo se permite juzgar las doctrinas más sutiles ó las más apasionadas?

El filisteísmo y el beatismo agresivos son dos de los peores azotes de las sociedades juveniles y prósperas, sobre todo en nuestros países, á los que llamamos, bien ó mal llamados, latinos. Porque en los otros, en los anglosajones y germánicos, la cosa varía un poco. Allí se ha logrado imponer un poco más el respeto á las más altas manifestaciones espirituales. Allí no se permite un honrado droguero desdeñar tan sin tiento á un poeta ó á un artista ó á un pensador ó aunque sea á un soñador.

No hay mentira mayor que la del idealismo de los latinos. Los llamados latinos somos hoy, por lo común, brutal y groseramente positivistas. Y esto es lo que nos pierde, hasta para lo positivo. Decimos

que soñamos cuando no hacemos más que dormir.

Y he aquí por qué mi batalla desde hace años es una batalla ofensiva con fines defensivos. Consecuente al adagio latino de «si vis pacem, para bellum» si quieres paz, prepara la guerra, estoy de continuo armando guerra á la rampionería, á la superficialidad, á la insignificancia, al sanchopacismo ambientes, nada más que para conseguir respeto á los soñadores, á los idealistas, á los espíritus reinados y escogidos.

Y en el fondo de todo esto no hay más que soberbia. Somos una casta de soberbios. Llevamos en el tuétano del alma la soberbia y con ella la envidia. No he encontrado todavía entre nosotros majadero que se haya convencido de que lo es. Ante una cosa que no entiende sino á medias ó que no entiende del todo, todo se le ocurre menos confesar que excede de su capacidad. Si es que él no comprende algo es que esto es una extravagancia ó un disparate ó una macana, en fin. Sobre todo si no ve aquello incomprensible traducido en algún invento de bulto, de esos que se tocan ó se oyen ó huelen. El no entiende de cálculo infinitesimal ó de química ó de histología, pero le han dicho que eso sirve para construir máquinas ó para encontrar remedios á sus enfermedades ó para algo por el estilo,—y cae postrado ante tales cosas, y tanto más cuanto menos las comprende. El asombro de la genialidad es para él un Edison, pongo por caso. Admira bien á Flammarión, porque eso de saber de las estrellas...

Pero intentad mostrarle todo el rastro que en este mundo han dejado San Agustín, el Dante, Descartes, Spinoza, Beethoven, Kant, Hegel, Goethe, Cervantes, Luteró... y otros cien que pudiera citar, y veréis cómo se sonríen. No os contradecirán á no tener con vosotros mucha confianza, porque esos son nombres consagrados y ellos, como serviles que son, tienen un respeto servil—y tan hipócrita como servil—á todo lo consagrado; no os contradecirán acaso, pero allá por dentro se sonríen desdeñosamente. Y por más adentro todavía rabian con la rabia de la impotencia, madre de la envidia.

No hay que creer en la bondad del majadero. El majadero, cuando no está convencido de su majadería—y esto sucede pocas veces—es malo. El majadero es mezuquino y es envidioso.

Agréguese que esa clase de sujetos á que me vengo refiriendo—y que me complazco en creer que serán una escasísima minoría entre mis lectores—creen que los dedicados á esta tarea de escribir para el público no debemos hacerlo sino para darle gusto. Se imaginan que no se debe escribir más que para agradar. Y no, no es así. El adular al público es una de las más bajas villanías. Hay muchas veces la obligación moral de irritarle. Demasiados aduladores tiene. Yo, por mi parte, jamás me he propuesto decir á mi público aquello que éste quería oír, y si unas veces le desconcierto y otras le irrito, lo celebro. No me gusta adormecer á las gentes con canciones de cuna.





La tarea es ruda y es ingrata, ya lo sé, pero es el único modo de conservar libertad y autoridad á la vez. Se tarda en recoger el fruto, pero se recoge al cabo, y bien maduro.

El afán de agradar ha prostituido la noble misión del escritor público, convirtiéndolo á éste en un juglar más.

Hay una cualidad que debemos fustigar sin descanso en nuestros países, en los países de lengua castellana, y esa cualidad es la ramplonería. Y la ramplonería no es, en su raíz y fondo, sino pereza espiritual. Nuestro público, con rarísimas excepciones, rechaza lo más sutil, lo más exquisito, lo más intenso, lo más íntimo, lo más profundo, lo más apasionado, no más sino porque exige un esfuerzo para llegar á ello. Y huye del esfuerzo. Huye del esfuerzo, diciéndose: «y en fin de cuentas, ¿para qué?» Huye del esfuerzo y se va tras de lo fácil, que es lo vulgar, lo superficial, lo desvaldo, lo ramplón.

Tiene, dicho sea con toda franqueza, la psicología del salvaje ó la del fraile, que con tal de evitarse un esfuerzo como veinte renuncia á una satisfacción como cien y se queda con la satisfacción que no vale más que cuatro, ya que ésta, no le cuesta esfuerzo alguno. No comprende que uno se canse no más que para gozar luego del placer del descanso. Apenas cree sino en los placeres que se compran, y éstos son los más groseros y los menos duraderos y menos íntimos.

Me decía en cierta ocasión un inglés, amigo mío, que en su país eran los clásicos de su literatura mucho más generalmente conocidos que entre nosotros los nuestros, y yo le contesté: Sí, pero es que en su país de usted hay verdadera disciplina social y sentido de las jerarquías mentales; lo mismo que de las demás, y no se cree cada cual tan capaz como cualquier otro, y cuando oyen á personas prestigiosas y que les merecen crédito alabar ciertas obras y ponderar el solaz y elevación que de su lectura se saca, se ponen á leerlas con fervor religioso y hacen esfuerzos por penetrar su sentido, aunque á primeras no lo vean claro y esos esfuerzos son muchas veces coronados de éxito; pero entre nosotros la indisciplina es lo corriente; aquí cada cual se cree tanto como todos los demás, nadie en su fuero interno admite de grado la superioridad ajena, y en cuanto algo se nos resiste, como odiamos el esfuerzo, saltamos diciendo que aquéllo es una lata, una sonsera, una extravagancia ó una locura.

Y basta por hoy de maeanas de

MIGUEL DE UNAMUNO.

